

Romance de los Infantes de Lara

A cazar va don Rodrigo, y aun don Rodrigo de Lara, con la grande siesta que hace arrimádose ha a una haya, maldiciendo a Mudarrillo, hijo de la renegada, que si a las manos le hubiese que le sacaría el alma. El señor estando en esto, Mudarrillo que asomaba:	5
-Dios te salve, caballero, debajo la verde haya. -Así haga a ti, escudero, buena sea tu llegada.	10
-Dígame tú, el caballero, ¿cómo era la tu gracia? -A mí me dicen don Rodrigo, y aun don Rodrigo de Lara, cuñado de Gonzalo Gustos, hermano de doña Sancha; por sobrinos me los hube los siete infantes de Salas; espero aquí a Mudarrillo, hijo de la renegada; si delante lo tuviese, yo le sacaría el alma.	15
-Si a ti te dicen don Rodrigo, y aun don Rodrigo de Lara, a mí Mudarra González, hijo de la renegada; de Gonzalo Gustos hijo y alnado de doña Sancha; por hermanos me los hube los siete infantes de Salas. Tú los vendiste, traidor, en el val de Arabiana, mas si Dios a mí me ayuda, aquí dejarás el alma.	20
-Espéresme, don Gonzalo, iré a tomar las mis armas. -El espera que tú diste a los infantes de Lara. Aquí morirás, traidor,	25
	30
	35
	40

enemigo de doña Sancha.

Romance del Cid

Cabalga Diego Laínez	▽△	
al buen rey besar la mano;		
consigo se los llevaba		
los trescientos hijosdalgo,		
entre ellos iba Rodrigo,		5
el soberbio castellano.		
Todos cabalgan a mula,		
sólo Rodrigo a caballo;		
todos visten oro y seda,		
Rodrigo va bien armado;		10
todos espadas ceñidas,		
Rodrigo estoque dorado;		
todos con sendas varicas,		
Rodrigo lanza en la mano;		
todos guantes olorosos,		15
Rodrigo guante mallado;		
todos sombreros muy ricos,		
Rodrigo casco afilado,		
y encima del casco lleva		
un bonete colorado.		20
Andando por su camino,		
unos con otros hablando,		
allegados son a Burgos,		
con el rey se han encontrado.		
Los que vienen con el rey		25
entre sí van razonando;		
unos lo dicen de quedo,		
otros lo van preguntando:		
-aquí viene, entre esta gente,		
quien mató al conde Lozano.		30
Como lo oyera Rodrigo		
en hito los ha mirado,		
con alta y soberbia voz		
de esta manera ha hablado:		
-Si hay alguno entre vosotros		35
su pariente o adeudado		
que se pese de su muerte,		
salga luego a demandallo,		
yo se lo defenderé,		
quiera pie, quiera caballo.		40
Todos responden a una:		
-Demándelo su pecado.		
Todos se apearon juntos		
para al rey besar la mano,		

Rodrigo se quedó solo, encima de su caballo; entonces habló su padre, bien oiréis lo que ha hablado: -Apeaos vos, mi hijo, besaréis al rey la mano porque él es vuestro señor, vos, hijo, sois su vasallo. Desque Rodrigo esto oyó, sintiose más agraviado; las palabras que responde son de hombre muy enojado: -Si otro me lo dijera ya me lo hubiera pagado, mas por mandarlo vos, padre, yo lo haré de buen grado. Ya se apeaba Rodrigo para al rey besar la mano; al hincar de la rodilla el estoque se ha arrancado; espantose de esto el rey y dijo como turbado: -Quítate Rodrigo, allá, quítateme allá, diablo, que tienes el gesto de hombre y los hechos de león bravo. Como Rodrigo esto oyó aprisa pide el caballo; con una voz alterada contra el rey así ha hablado: -Por besar mano de rey no me tengo por honrado, porque la besó mi padre me tengo por afrentado. En diciendo estas palabras salido se ha del palacio, consigo se los tornaba los trescientos hijosdalgo. Si bien vinieron vestidos, volvieron mejor armados, y si vinieron en mulas, todos vuelven en caballos.	45 50 55 60 65 70 75 80 85
---	--

Romance del Cid y del juramento que tomó al rey don Alonso

En Santa Águeda de Burgos,	▽△	
do juran los hijosdalgo,		
le tomaban jura a Alfonso		
por la muerte de su hermano.		
Tomábasela el buen Cid,		5
ese buen Cid castellano,		
sobre un cerrojo de fierro		
y una ballesta de palo,		
y con unos evangelios		
y un crucifijo en la mano.		10
Las palabras son tan fuertes,		
que al buen rey ponen espanto:		
-Villanos te maten, Alfonso,		
villanos, que no hidalgos,		15
de las Asturias de Oviedo,		
que no sean castellanos;		
mátente con agujadas,		
no con lanzas ni con dardos;		
con cuchillos cachicuernos,		20
no con puñales dorados;		
abarcas traigan calzadas,		
que no zapatos con lazo;		
capas traigan aguaderas,		
no de contray ni frisado;		25
con camisones de estopa,		
no de holanda, ni labrados;		
cabalguen en sendas burras,		
que no en mulas ni en caballos;		
frenos traigan de cordel,		
que no cueros fogueados.		30
Mátente por las aradas,		
que no en villas ni en poblado;		
sáquente el corazón		
por el siniestro costado,		
si no dices la verdad		35
de lo que eres preguntado,		
sobre si fuiste o no		
en la muerte de tu hermano.		
Las juras eran tan fuertes		
que el rey no las ha otorgado.		40
Allí habló un caballero		
que del rey es más privado:		
-Haced la jura, buen rey,		
no tengáis de eso cuidado,		
que nunca fue rey traidor,		45
ni papa descomulgado.		
Jurado había el buen rey		
que en tal nunca fue hallado;		
pero también dijo presto,		
malamente y enojado:		50

-¡Muy mal me conjuras, Cid!	
¡Cid, muy mal me has conjurado!	
Porque hoy le tomas la jura,	
a quien has de besar la mano.	
Vete de mis tierras, Cid,	55
mal caballero probado,	
y no vengas más a ellas	
dende este día en un año.	
-Pláceme, dijo el buen Cid,	
pláceme, dijo, de grado,	60
por ser la primera cosa	
que mandas en tu reinado.	
Por un año me destierras,	
yo me destierro por cuatro.	
Ya se partía el buen Cid,	65
a su destierro de grado	
con trescientos caballeros,	
todos eran hijosdalgo;	
todos son hombres mancebos,	
ninguno no había cano;	70
todos llevan lanza en puño	
con el fierro acicalado,	
y llevan sendas adargas	
con borlas de colorado.	
Mas no le faltó al buen Cid	75
adonde asentar su campo.	

Romance de amor

En el tiempo que me vi	▽△
más alegre y placentero,	
encontré con un palmero	
que me habló y dijo así:	
-¿Dónde vas, el caballero?	5
¿Dónde vas, triste de ti?	
Muerta es tu linda amiga,	
muerta es, que yo la vi;	
las andas en que ella iba	
de luto las vi cubrir,	10
duques, condes la lloraban	
todos por amor de ti;	
dueñas, damas y doncellas	
llorando dicen así:	
-¡Oh triste del caballero	15
que tal dama pierde aquí!	

Compañero, compañero...

-Compañero, compañero, casóse mi linda amiga, casóse con un villano, que es lo que más me dolía. Irme quiero a tornar moro allende la morería, cristiano que allá pasare yo le quitaré la vida.	▽△ 5
-No lo hagas, compañero, no lo hagas, por tu vida. De tres hermanas que tengo darte he yo la más garrida, si la quieres por mujer, si la quieres por amiga.	10
-Ni la quiero por mujer, ni la quiero por amiga, pues que no pude gozar de aquella que más quería.	15

Romance del conde Arnaldos

¡Quién hubiese tal ventura sobre las aguas del mar, como hubo el conde Arnaldos la mañana de San Juan! Con un falcón en la mano la caza iba a cazar, vio venir una galera que a tierra quiere llegar. Las velas traía de seda, la jarcia de un cendal, marinero que la manda diciendo viene un cantar que la mar ponía en calma, los vientos hace amainar, los peces que andan al hondo arriba los hace andar, las aves que andan volando las hace a el mástil posar.	▽△ 5 10 15
-Galera, la mi galera, Dios te me guarde de mal, de los peligros del mundo	20

sobre aguas de la mar, de los llanos de Almería del estrecho de Gibraltar, y del golfo de Venecia, y de los bancos de Flandes, y del golfo de León, donde suelen peligrar.	25
Allí habló el conde Arnaldos, bien oiréis lo que dirá: -Por Dios te ruego, marinero, dígaisme ora ese cantar.	30
Respondióle el marinero, tal respuesta le fue a dar: -Yo no digo esta canción sino a quien conmigo va.	35

Romance de Rosa fresca

-Rosa fresca, rosa fresca, tan garrida y con amor, cuando yo os tuve en mis brazos no vos supe servir, no, y ahora que os serviría no vos puedo haber, no.	5
-Vuestra fue la culpa, amigo, vuestra fue, que mía no: enviástesme una carta con un vuestro servidor y en lugar de recaudar él dijera otra razón: que érades casado, amigo, allá en tierras de León, que tenéis mujer hermosa y hijos como una flor.	10
-Quien os lo dijo, señora, no vos dijo verdad, no, que yo nunca entré en Castilla ni allá en tierras de León, sino cuando era pequeño que no sabía de amor.	15
	20

Cantar de Mio Cid [fragmentos]

Fragmento 1: El Cid abandona su casa.

Narrador

1 De los sus ojos tan fuertemente llorando*,

tornaba la cabeza y estábalos catando*.

Vio puertas abiertas y postigos* sin candados,

Alcándaras* vacías, sin pieles y sin mantos,

5 Y sin halcones y sin azores mudados*.

Suspiró mío Cid pues tenía muy grandes cuidados*.

Habló mío Cid, bien y tan mesurado:

Cid

-¡Gracias a ti, señor padre, que estás en alto!*

-¡Esto me han vuelto* mis enemigos malos!

Fragmento 2: El Cid llega a Burgos, antes de marcharse definitivamente al destierro.

El Campeador adeliño* a su posada.

Así como llegó a la puerta, hallóla bien cerrada;

Por miedo del rey Alfonso que así lo concertaran:*

Que si no la quebrantase por fuerza, que no se la abriesen por nada*.

35 Los de mío Cid a altas voces llaman;

Los de dentro no les querían tornar palabra.

Aguijó mío Cid, a la puerta se llegaba;

Sacó el pie de la estribera, un fuerte golpe le daba;

No se abre la puerta, que estaba bien cerrada.

40 Una niña de nueve años a ojo se paraba*:

Niña

¡Ya, Campeador, en buena hora ceñisteis espada*!

El Rey lo ha vedado, anoche de él entró su carta
Con gran recaudo y fuertemente sellada.
No os osaríamos abrir ni acoger por nada;

45 Si no, perderíamos los haberes y las casas,
y, además, los ojos de las caras.
Cid, en el nuestro mal vos no ganáis nada;
Mas el Criador os valga con todas sus virtudes santas.

Narrador

Esto la niña dijo y tornóse para su casa.
50 Ya lo ve el Cid que del Rey no tenía gracia.
Partióse de la puerta, por Burgos aguijaba;
llegó a Santa María*, luego descabalgaba;
hincó los hinojos, de corazón rogaba.
La oración hecha, luego cabalgaba;
55 Salió por la puerta y el Arlanzón pasaba;

Fragmento 3: Minaya lleva regalos del Cid al rey y pide que lo perdonen.

Narrador

Ido es a Castilla Álvar Fáñez Minaya,
treinta caballos al Rey los presentaba;
violos el Rey, hermoso se alegraba*:

Rey

¿Quién me los dio éstos? ¡Así os valga Dios, Minaya!

Minaya

875 Mío Cid Ruy Díaz, que en buena hora ciñó espada,
venció dos reyes de moros en esta batalla;
sobejana* es, señor, la* su ganancia.
A vos, rey honrado, este presente manda;
bésaos los pies y las manos ambas;
880 que le hagáis merced, ¡así el Criador os valga!

Narrador

Dijo el Rey:

Rey

¡Mucho es mañana*,

Hombre airado, que de señor no ha gracia,
para acogerlo al cabo de tres semanas!*

Mas, ya que de moros fue, tomo esta manda;

885 aun me place de Mío Cid que hizo tal ganancia

Además de todo esto, a vos libro, Minaya,

honores y tierras tenedlas condonadas;

id y venid*, desde aquí os doy mi gracia;

Mas, del Cid Campeador, yo no os digo nada.

890 Además de todo esto, deciros quiero, Minaya:

De todo mi reino, los que quisieren marchar,
buenos y valientes, para mío Cid ayudar,
suéltoles los cuerpos y líbroles las heredades*.

Narrador

Besóle las manos Minaya Álvar Fáñez.

Minaya

895 Gracias, Rey, como a señor natural;
Esto haces ahora más haréis adelante.

Fragmento 4: Minaya vuelve y el rey perdona al Cid.

Minaya

¡Merced, señor Alfonso, por amor del Criador!

Besábaos las manos mío Cid lidiador,

Los pies y las manos, como a tan buen señor,

Que le hayáis merced, ¡así os valga el Criador! 1

325 Le echasteis de tierra, no tiene el vuestro amor;

Aunque en tierra ajena, él bien lo suyo cumplió;

Ha ganado a Jérica y a Onda por nombre;

tomó a Almenar y a Murviedro que es mejor;
Así hizo con Cebolla* y después con Castellón,
1330 Y Peña Cadiella, que es una peña fuerte;

Con estas todas, de Valencia es señor.

Obispo hizo de su mano el buen Campeador;
e hizo cinco lides campales y todas las ganó.

Grandes son las ganancias que le dio el Criador

1335 He aquí las señales, verdad os digo yo:

cien caballos fuertes y corredores,

De sillas y de frenos, todos guarnecidos son;

Bésaos las manos* y que los toméis vos;

Tiénesse por vuestro vasallo y a vos tiene por señor.

Narrador

1340 Alzó la mano diestra, el Rey se santiguó:

Rey

De tan grandes ganancias, como ha hecho el Campeador,

¡Así me valga san Isidro!, pláceme de corazón,

y pláceme de las nuevas que hace el Campeador;

recibo estos caballos que me envía de don.

Narrador

1345 Aunque plugo al Rey, mucho pesó a García Ordóñez*:

García Ordóñez

¡Parece que en tierra de moros no hay vivo hombre,

Cuando así hace a su guisa el Cid Campeador!

Narrador

Dijo el Rey al conde:

Rey

Dejad esa razón,

Que en todas guisas mejor me sirve que vos.

Narrador

1350 Hablaba Minaya allí a guisa de varón*:

Minaya

Merced os pide el Cid, si os cayese en sabor*,
por su mujer doña Jimena y sus hijas ambas a dos:
saldrían del monasterio, donde él las dejó,
e irían para Valencia al buen Campeador.

Narrador

1355 Entonces dijo el Rey:

Rey

Pláceme de corazón.

Yo les mandaré dar conducho* mientras que por mi tierra fueren;

De afrenta y de mal cuidarlas y de deshonor.
Cuando en cabo de mi tierra estas dueñas fueren,
catad* cómo las sirváis vos y el Campeador.

1360 Oídme, mesnadas, y toda la mi corte:

No quiero que nada pierda el Campeador;

a todas las mesnadas, que a él dicen señor,

porque los desheredé, todo se lo suelto yo;

Sírvanles sus heredades do fuere el Campeador;

1365 protéjoles los cuerpos de mal y de sin razón;

por tal hago esto que sirvan a su señor

Narrador

Minaya Álvar Fáñez las manos le besó.

Sonrióse el Rey, tan bellido* habló:

Rey

Los que quisieren ir a servir al Campeador

1370 De mí sean libres y vayan con la gracia del Criador;

más ganaremos en esto que en otro deshonor.

Fragmento 5: episodio del león.

Narrador

En Valencia estaba mío Cid con todos sus vasallos*;
con él ambos sus yernos, los infantes de Carrión.

2280 Yacía en un escaño, dormía el Campeador;

mal sobresalto, sabed, que les pasó:

Salióse de la red* y desatóse el león*.

En gran miedo se vieron en medio de la corte;

embrazan los mantos los del Campeador

2285 Y cercan el escaño y se ponen sobre su señor.

Fernán González no vio allí donde se escondiese,

ni cámara abierta ni torre;

Metióse bajo el escaño, ¡tuvo tanto pavor!

Diego González por la puerta salió,

Diciendo por la boca:

Diego

¡No veré a Carrión!

Narrador

2290 Tras una viga lagar, metióse con gran pavor;

el manto y el brial* todo sucio lo sacó.

En esto despertó el que en buena hora nació;

vio cercado el escaño de sus buenos varones.

Cid

¿Qué es esto, mesnadas, o qué queréis vos?

2295 ¡Ah, señor honrado!, alarma nos dio el león.

Narrador

Mío Cid apoyó el codo, en pie se levantó;

El manto trae al cuello y adeliñó para el león.

El león, cuando lo vio, mucho se amedrentó;

ante mío Cid, la cabeza humilló y la boca bajó.

2300 Mío Cid don Rodrigo del cuello lo tomó*

y llévalo de diestro* y en la red le metió.

A maravilla lo tienen cuantos allí son;

Y tornáronse al palacio para la corte.

Mío Cid por sus yernos demandó y no los halló;

2305 Aunque los están llamando, ninguno respondió.

Cuando los hallaron, vinieron tan sin color*.
¡No visteis tal burla como iba por la corte!
Mandólo prohibir mío Cid el Campeador.
Se sintieron muy ofendidos* los infantes de Carrión;
2310 Gran cosa les pesa de esto que les pasó.

Fragmento 6: la afrenta de Corpes.

2700 Hallaron un vergel con una limpia fuente
Mandan hincar la tienda los infantes de Carrión;
con cuantos ellos traen, allí yacen esa noche;
con sus mujeres en brazos demuéstranles amor.
¡Mal se lo cumplieron cuando salía el sol!
2705 Mandaron cargar las acémilas con haberes de valor;
han recogido la tienda donde albergaron de noche;
adelante eran idos los de criazón*;
Así lo mandaron los infantes de Carrión:
Que no quedase allí ninguno, mujer ni varón,
2710 Sino ambas sus mujeres, doña Elvira y doña Sol:
Solazarse quieren con ellas a todo su sabor.
Todos eran idos, ellos cuatro solos son.
Tanto mal urdieron los infantes de Carrión:
Infantes
Creedlo bien, doña Elvira y doña Sol,
2715 Aquí seréis escarnecidas en estos fieros montes.
Hoy nos partiremos y dejadas seréis de nos;
no tendréis parte en tierras de Carrión.
Irán estos mandados al Cid Campeador;
Nos vengaremos en ésta por la del león.
Narrador
2720 Allí les quitan los mantos y los pellizones*;
Déjanlas en cuerpo y en camisas y en ciclatones*.
¡Espuelas tienen calzadas los malos traidores!

En mano prenden las cinchas resistentes y fuertes.

Cuando esto vieron las dueñas, hablaba doña Sol:

Sol

2725 ¡Por Dios os rogamos, don Diego y don Fernando, nos!*

Dos espadas tenéis tajadoras y fuertes;

a una dicen Colada y a la otra Tizón;

cortadnos las cabezas, mártires seremos nos.

Moros y cristianos hablarán de esta razón;

2730 que, por lo que nos merecemos, no lo recibimos nos;

tan malos ejemplos no hagáis sobre nos.

Si nos fuéremos majadas, os deshonraréis vos;

os lo retraerán en vistas o en cortes.*

Narrador

Lo que ruegan las dueñas no les ha ningún pro.*

2735 Ya les empiezan a dar los infantes de Carrión;

Con las cinchas corredizas, májanlas tan sin sabor;

con las espuelas agudas, donde ellas han mal sabor,

rompían las camisas y las carnes a ellas ambas a dos;

limpia salía la sangre sobre los ciclatones.

2740 Ya lo sienten ellas en los sus corazones.

¡Cuál ventura sería ésta, si pluguiese al Criador*

Que asomase ahora el Cid Campeador!

Tanto las majaron que sin aliento son;*

Sangrientas en las camisas y todos los ciclatones.

2745 Cansados son de herir ellos ambos a dos,

Ensayándose ambos* cuál dará mejores golpes.

Ya no pueden hablar doña Elvira y doña Sol;

Por muertas las dejaron en el Robledo de Corpes.

Lleváronle los mantos y las pieles armiñas,

2750 mas déjanlas apenas en briales y en camisas

Y a las aves del monte y a las bestias de fiera guisa.

Por muertas las dejaron, sabed, que no por vivas.

Mandó dejar el campo el buen rey don Alfonso, Las armas que allí quedaron se tomó*.

Fragmento 7: fin del cantar.

Mandó dejar el campo el buen rey don Alfonso;

las armas que allí quedaron él se las tomó

3695 Por honrados se parten los del buen Campeador;

vencieron esta lid, gracias al Criador.

Grandes son los pesares por tierras de Carrión.

El Rey a los de mío Cid de noche los envió,

que no les diesen salto* ni tuviesen pavor.

3700 A guisa de prudentes* andan días y noches;

helos en Valencia con mío Cid el Campeador;

por malos* los dejaron a los infantes de Carrión;

cumplido han la deuda que les mandó su señor;

alegre fue con esto mío Cid el Campeador.

3705 Grande es la deshonra de los infantes de Carrión:

¡Quien a buena dueña escarnece y la deja después,

tal le acontezca o siquiera peor!

Dejémonos de pleitos de los infantes de Carrión;

de lo que han recibido, tienen muy mal sabor;

3710 Hablemos de éste que en buena hora nació.

Grandes son los gozos en Valencia la mayor,

porque tan honrados fueron los del Campeador.

Tomóse la barba Ruy Díaz su señor:

Cid

¡Gracias al Rey del cielo, mis hijas vengadas son!

3715 ¡Ahora las tengan libres las heredades de Carrión!*

Sin vergüenza las casaré pese a quien pese o a quien no.

Narrador

Anduvieron en pleitos los de Navarra y de Aragón;

tuvieron su consulta con Alfonso el de León;

hicieron sus casamientos con doña Elvira y con doña Sol.

3720 Los primeros fueron grandes mas estos son mejores;
con mayor honra las casa que lo que primero fue:

ved cual honra crece al que en buena hora nació,
cuando señoras* son sus hijas de Navarra y Aragón.

Hoy los reyes de España sus parientes son*;

3725 A todos alcanza honra por el que en buena hora nació.

3726-7 Dejado ha este siglo el día de quincuagésima*.¡De Cristo haya perdón!

¡Así hagamos nos todos* justos y pecadores!

Estas son las nuevas de mío Cid el Campeador;

3730 En este lugar, se acaba esta razón*.

¡Quien escribió este libro déle Dios paraíso, amén!

Per Abbat le escribió* en el mes de mayo,

En era de M ill e CC (e) XLV* años.

Libro del Buen Amor [fragmentos]

- 44 Palabras son de sabio, e díxolo Catón,
que omen a sus coydados, que tiene en coraçón,
entreponga plaseres e alegre la raçón,
que la mucha tristeça mucho coydado pon';
- 45 et porque de buen seso non puede omen reír,
avré algunas burlas aquí a enxerir:
cada que las oyerdes non querades comedir,
salvo en la manera del trovar et del desir.
- 46 Entiende bien mis dichos, e piensa la sentençia,
non me contesca contigo como al doctor de Greçia
con 'l rivaldo romano e con su poca sabiençia,
quando demandó Roma a Greçia la sçiencia.
- 47 Así fuer, que romanos las leyes non avien,
fueron las demandar a griegos que las tenían;
respondieron los griegos, que non los meresçien,
nin las podrían entender, pues que tan poco sabien¹¹.
- 48 Pero si las querien para por ellas usar,
que ante les convenía con sus sabios disputar,
por ver si las entendien, e meresçían levar:
esta respuesta fermosa daban por se escusar.
- 49 Respondieron romanos, que los plasía de grado;
para la disputaçión pusieron pleyto firmado:
mas porque non entendien el lenguaje non usado,
que disputasen por señas, por señas de letrado.
- 50 Pusieron día sabido todos por contender,
fueron romanos en coyta, non sabían qué se faser,
porque non eran letrados, nin podrían entender
a los griegos doctores, nin al su mucho saber.
- 51 Estando en su coyta dixo un çibdadano,
que tomasen un ribaldo, un bellaco romano,
segund Dios le demostrase faser señas con la mano,
que tales las fisiese: fueles consejo sano.
- 52 Fueron a un bellaco muy grand et muy ardid:
dixiéronle: «Nos avemos con griegos nuestra convid'
»para disputar por señas: lo que tú quisieres pid',
»et nos dártelo hemos, escúsanos d'esta lid.»
- 53 Vistiéronlo muy bien paños de grand valía,
como si fuese doctor en la filosofia;
subió en alta cátedra, dixo con bavoquía;
«D'oy más vengan los griegos con toda su porfia.»

- 54 Vino ay un griego, doctor muy esmerado,
 escogido de griegos, entre todos loado,
 sobió en otra cátedra, todo el pueblo juntado,
 et comenzó sus señas, como era tratado.
- 55 Levantose el griego, sosegado, de vagar,
 et mostró sólo un dedo, que está çerca el pulgar;
 luego se asentó en ese mismo lugar;
 levantose el ribaldo, bravo, de mal pagar.
- 56 Mostró luego tres dedos contra el griego tendidos,
 el polgar con otros dos, que con él son contenidos
 en manera de arpón, los otros dos encogidos,
 asentose el nesçio, catando sus vestidos.
- 57 Levantose el griego, tendió la palma llana,
 et asentose luego con su memoria sana
 levantose el bellaco con fantasía vana,
 mostró puño çerrado; de porfia avía gana.
- 58 A todos los de Greçia dixo el sabio griego:
 «Meresçen los romanos las leyes, yo non gelas niego.»
 Levantáronse todos con pas e con sosiego;
 grand honra ovo Roma por un vil andariego.
- 59 Preguntaron al griego, qué fue lo que dixiera
 por señas al romano, e qué le respondiera
 dis: «Yo dixe, que es un Dios: el romano dixo, que era verdad,
 »uno et tres personas, e tal señal fesiera.
- 60 »Yo dixe, que era todo a la su voluntad;
 »respondió, que en su poder tenía el mundo, et dis
 »desque vi, que entendíen, e creíen la Trinidad,
 »entendí que meresçien de leyes çertenidad.»
- 61 Preguntaron al bellaco, cuál fuera su antojo.
 Dis': «Díxome, que con su dedo me quebrantaría el ojo,
 »d'esto ove grand pesar, e tomé grand enojo,
 »et respondile con saña, con ira e con cordojo:
- 62 »que yo l' quebrantaría ante todas las gentes
 »con dos dedos los ojos, con el pulgar los dientes.
 »Díxom' luego após esto, que le parase mientes,
 »que me daría grand palmada en los oídos retinientes.
- 63 »Yo l' respondí, que l' daría una tal puñada,
 »que en tiempo de su vida nunca la vies' vengada;
 »desque vio la pelea tenía mal aparejada,
 »dexos' de amenasar do non gelo presçian nada.»
- 64 Por esto dise la patraña de la vieja ardida,

non ha mala palabra, si non es a mal tenida;
verás, que bien es dicha, si bien fuese entendida,
entiende bien mi dicho, e avrás dueña garrida.

- 65 La bulra que oyes, non la tengas en vil,
la manera del libro entiéndela sotil,
que saber bien e mal, desir encobierto e doñeguil
tú non fallarás uno de trovadores mil.
- 66 Fallarás muchas garças, non fallarás un uevo,
remendar bien non sabe todo alfayate nuevo,
a trobar con locura non creas que me nuevo,
lo que buen amor dise, con razón te lo pruebo.
- 67 En general a todos fabla la escritura,
los cuerdos con buen seso entenderán la cordura,
los mançebos livianos goárdense de locura,
escoja lo mejor el de buena ventura.
- 68 Las del buen amor son razones encubiertas,
trabaja do fallares las sus señales çiertas,
si la razón entiendes, o en el seso açiertas,
non dirás mal del libro, que agora refiertas.
- 69 Do coydares que miente, dise mayor verdat.
En las coplas pintadas yase la falsedat,
dicha buena o mala por puntos la jusgat,
las coplas con los puntos load o denostat.
- 70 De todos instrumentos yo libro só pariente,
bien o mal qual puntares, tal te dirá çiertamente,
qual tú desir quisieres, y fas punto y tente,
si me puntar sopieres, siempre me avrás en miente.
- 71 Como dise Aristóteles, cosa es verdadera,
el mundo por dos cosas trabaja: la primera,
por aver mantenencia; la otra era
por aver juntamiento con fembra plasentera.
- 72 Si lo dixiese de mío, sería de culpar;
díselo grand filósofo, non só yo de rehtar;
de lo que dise el sabio non debemos dubdar,
que por obra se prueba el sabio e su fablar.
- 73 Que dis' verdat el sabio claramente se prueba
omes, aves, animalias, toda bestia de cueva
quieren, segund natura, compañía siempre nueva;
et quanto más el omen que a toda cosa se mueva.
- 74 Digo muy más del omen, que de toda criatura:

todos a tiempo çierto se juntan con natura,
el omen de mal seso todo tiempo sin mesura
cada que puede quiere faser esta locura.

- 75 El fuego siempre quiere estar en la senisa,
como quier' que más arde, quanto más se atisa,
el omen quando peca, bien ve que deslisa,
mas non se parte ende, ca natura lo entisa.
- 76 Et yo como soy omen como otro pecador,
ove de las mugeres a veses grand amor;
probar omen las cosas non es por ende peor,
e saber bien, e mal, e usar lo mejor¹².

El conde Lucanor [cuentos]

De lo que aconteció a un genovés con su alma

Un día hablaba el Conde Lucanor con su consejero Patronio y le contaba lo siguiente:

-Patronio, gracias a Dios yo tengo mis tierras bien cultivadas y pacificadas, así como todo lo que preciso según mi estado y, por suerte, quizás más, según dicen mis iguales y vecinos, algunos de los cuales me aconsejan que inicie una empresa de cierto riesgo. Pero aunque yo siento grandes deseos de hacerlo, por la confianza que tengo en vos no la he querido comenzar hasta hablaros, para que me aconsejéis lo que deba hacer en este asunto.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, para que hagáis lo más conveniente, me gustaría mucho contaros lo que le sucedió a un genovés.

El conde le pidió que así lo hiciera.

Patronio comenzó:

-Señor Conde Lucanor, había un genovés muy rico y muy afortunado, en opinión de sus vecinos. Este genovés enfermó gravemente y, notando que se moría, reunió a parientes y amigos y, cuando estos llegaron, mandó llamar a su mujer y a sus hijos; se sentó en una sala muy hermosa desde donde se veía el mar y la costa; hizo traer sus joyas y riquezas y, cuando las tuvo cerca, comenzó a hablar en broma con su alma:

»-Alma, bien veo que quieres abandonarme y no sé por qué, pues si buscas mujer e hijos, aquí tienes unos tan maravillosos que podrás sentirte satisfecha; si buscas parientes y amigos, también aquí tienes muchos y muy distinguidos; si buscas plata, oro, piedras preciosas, joyas, tapices, mercancías para traficar, aquí tienes tal cantidad que nunca ambicionarás más; si quieres naves y galeras que te produzcan riqueza y aumenten tu honra, ahí están, en el puerto que se ve desde esta sala; si buscas tierras y huertas fértiles, que también sean frescas y deleitosas, están bajo estas ventanas; si quieres caballos y mulas, y aves y perros para la caza y para tu diversión, ~~-45-~~ y hasta juglares para que te acompañen y distraigan; si buscas casa suntuosa, bien equipada con camas y estrados y cuantas cosas son necesarias, de todo esto no te falta nada. Y pues no te das por satisfecha con tantos bienes ni quieres gozar de ellos, es evidente que no los deseas. Si prefieres ir en busca de lo desconocido, vete con la ira de Dios, que será muy necio quien se aflija por el mal que te venga.

»Y vos, señor Conde Lucanor, pues gracias a Dios estáis en paz, con bien y con honra, pienso que no será de buen juicio arriesgar todo lo que ahora poseéis para iniciar la empresa que os aconsejan, pues quizás esos consejeros os lo dicen porque saben que, una vez metido en ese asunto, por fuerza habréis de hacer lo que ellos quieran y seguir su voluntad, mientras que ahora que estáis en paz, siguen ellos la vuestra. Y quizás piensan que de este modo podrán medrar ellos, lo que no conseguirían mientras vos viváis en paz, y os sucedería lo que al genovés con su alma; por eso prefiero aconsejaros que, mientras podáis vivir con tranquilidad y sosiego, sin que os falte nada, no os metáis en una empresa donde tengáis que arriesgarlo todo.

Al conde le agradó mucho este consejo que le dio Patronio, obró según él y obtuvo muy buenos resultados.

Y cuando don Juan oyó este cuento, lo consideró bueno, pero no quiso hacer otra vez versos, sino que lo terminó con este refrán muy extendido entre las viejas de Castilla:

El que esté bien sentado, no se levante.

Lo que sucedió a una zorra con un cuervo que tenía un pedazo de queso en el pico

Lo que sucedió a una zorra con un cuervo que tenía un pedazo de queso en el pico

Hablando otro día el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, le dijo:

-Patronio, un hombre que se llama mi amigo comenzó a alabarme y me dio a entender que yo tenía mucho poder y muy buenas cualidades. Después de tantos halagos me propuso un negocio, que a primera vista me pareció muy provechoso.

Entonces el conde contó a Patronio el trato que su amigo le proponía y, aunque parecía efectivamente de mucho interés, Patronio descubrió que pretendían engañar al conde con hermosas palabras. Por eso le dijo:

-Señor Conde Lucanor, debéis saber que ese hombre os quiere engañar y así os dice que vuestro poder y vuestro estado son mayores de lo que en realidad son. Por eso, para que evitéis ese engaño que os prepara, me gustaría que supierais lo que sucedió a un cuervo con una zorra.

Y el conde le preguntó lo ocurrido.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, el cuervo encontró una vez un gran pedazo de queso y se subió a un árbol para comérselo con tranquilidad, sin que nadie le molestara. Estando así el cuervo, acertó a pasar la zorra debajo del árbol y, cuando vio el queso, empezó a urdir la forma de quitárselo. Con ese fin le dijo:

»-Don Cuervo, desde hace mucho tiempo he oído hablar de vos, de vuestra nobleza y de vuestra gallardía, pero aunque os he buscado por todas partes, ni Dios ni mi suerte me han permitido encontraros antes. Ahora que os veo, pienso que sois muy superior a lo que me decían. Y para que veáis que no trato de lisonjearos, no sólo os diré vuestras buenas prendas, sino también los defectos que os atribuyen. Todos dicen que, como el color de vuestras plumas, ojos, patas y garras es negro, y como el negro no es tan bonito como otros colores, el ser vos tan negro os hace muy feo, sin darse cuenta de su error pues, aunque vuestras plumas son negras, tienen un tono azulado, como las del pavo real, que es la más bella de las aves. Y pues -47- vuestros ojos son para ver, como el negro hace ver mejor, los ojos negros son los mejores y por ello todos alaban los ojos de la gacela, que los tiene más oscuros que ningún animal. Además, vuestro pico y vuestras uñas son más fuertes que los de ninguna otra ave de vuestro tamaño. También quiero deciros que voláis con tal ligereza que podéis ir contra el viento, aunque sea muy fuerte, cosa que otras muchas aves no pueden hacer tan fácilmente como vos. Y así creo que, como Dios todo lo hace bien, no habrá consentido que vos, tan perfecto en todo, no pudieseis cantar mejor que el resto de las aves, y porque Dios me ha otorgado la dicha de veros y he podido comprobar que sois más bello de lo que dicen, me sentiría muy dichosa de oír vuestro canto.

»Señor Conde Lucanor, pensad que, aunque la intención de la zorra era engañar al cuervo, siempre le dijo verdades a medias y, así, estad seguro de que una verdad engañosa producirá los peores males y perjuicios.

»Cuando el cuervo se vio tan alabado por la zorra, como era verdad cuanto decía, creyó que no lo engañaba y, pensando que era su amiga, no sospechó que lo hacía por quitarle el queso. Convencido el cuervo por sus palabras y halagos, abrió el pico para cantar, por complacer a la zorra. Cuando abrió la boca, cayó el queso a tierra, lo cogió la zorra y escapó con él. Así fue engañado el cuervo

por las alabanzas de su falsa amiga, que le hizo creerse más hermoso y más perfecto de lo que realmente era.

»Y vos, señor Conde Lucanor, pues veis que, aunque Dios os otorgó muchos bienes, aquel hombre os quiere convencer de que vuestro poder y estado aventajan en mucho la realidad, creed que lo hace por engañaros. Y, por tanto, debéis estar prevenido y actuar como hombre de buen juicio. Al conde le agradó mucho lo que Patronio le dijo e hízolo así. Por su buen consejo evitó que lo engañaran.

Y como don Juan creyó que este cuento era bueno, lo mandó poner en este libro e hizo estos versos, que resumen la moraleja. Estos son los versos:

*Quien te encuentra bellezas que no tienes,
siempre busca quitarte algunos bienes.*

Lo que sucedió a una mujer que se llamaba doña Truhana

Otra vez estaba hablando el Conde Lucanor con Patronio de esta manera:

-Patronio, un hombre me ha propuesto una cosa y también me ha dicho la forma de conseguirla. Os aseguro que tiene tantas ventajas que, si con la ayuda de Dios pudiera salir bien, me sería de gran utilidad y provecho, pues los beneficios se ligán unos con otros, de tal forma que al final serán muy grandes.

Y entonces le contó a Patronio cuanto él sabía. Al oírlo Patronio, contestó al conde:

-Señor Conde Lucanor, siempre oí decir que el prudente se atiene a las realidades y desdeña las fantasías, pues muchas veces a quienes viven de ellas les suele ocurrir lo que a doña Truhana. El conde le preguntó lo que le había pasado a esta.

-Señor conde -dijo Patronio-, había una mujer que se llamaba doña Truhana, que era más pobre que rica, la cual, yendo un día al mercado, llevaba una olla de miel en la cabeza. Mientras iba por el camino, empezó a pensar que vendería la miel y que, con lo que le diesen, compraría una partida de huevos, de los cuales nacerían gallinas, y que luego, con el dinero que le diesen por las gallinas, compraría ovejas, y así fue comprando y vendiendo, siempre con ganancias, hasta que se vio más rica que ninguna de sus vecinas.

»Luego pensó que, siendo tan rica, podría casar bien a sus hijos e hijas, y que iría acompañada por la calle de yernos y nueras y, pensó también que todos comentarían su buena suerte pues había llegado a tener tantos bienes aunque había nacido muy pobre.

»Así, pensando en esto, comenzó a reír con mucha alegría por su buena suerte y, riendo, riendo, se dio una palmada en la frente, la olla cayó al suelo y se rompió en mil pedazos. Doña Truhana, cuando vio la olla rota y la miel esparcida por el suelo, empezó a llorar y a lamentarse muy amargamente -51- porque había perdido todas las riquezas que esperaba obtener de la olla si no se hubiera roto. Así, porque puso toda su confianza en fantasías, no pudo hacer nada de lo que esperaba y deseaba tanto.

»Vos, señor conde, si queréis que lo que os dicen y lo que pensáis sean realidad algún día, procurad siempre que se trate de cosas razonables y no fantasías o imaginaciones dudosas y vanas. Y cuando quisieréis iniciar algún negocio, no arriesguéis algo muy vuestro, cuya pérdida os pueda ocasionar dolor, por conseguir un provecho basado tan sólo en la imaginación.

Al conde le agradó mucho esto que le contó Patronio, actuó de acuerdo con la historia y, así, le fue muy bien.

Y como a don Juan le gustó este cuento, lo hizo escribir en este libro y compuso estos versos:

*En realidades ciertas os podéis confiar,
mas de las fantasías os debéis alejar.*

Lo que sucedió a un hombre al que tenían que limpiarle el hígado

Otra vez hablaba el conde Lucanor a su consejero y le dijo:

-Ahora estoy necesitado de dinero, aunque Dios me ha hecho venturoso otras muchas veces. Creo que tendré que vender una de mis tierras, aquella por la que más cariño siento, aunque, si lo hago, me resultará muy doloroso, o bien tendré que hacer otra cosa que me dolerá tanto como la anterior. Tengo que hacerlo para salir del agobio y de la penuria en que estoy, pues, aunque me ven así, y a pesar de que no lo necesitan verdaderamente, vienen a mí muchas gentes a pedirme un dinero que tantos sacrificios me va a costar. Por el buen juicio que Dios ha puesto en vos, os ruego que me digáis lo que debo hacer en este asunto.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio- me parece que os ocurre a vos con esa gente lo que le pasó a un hombre que estaba muy enfermo.

Y el conde le rogó que le contara lo acaecido.

-Señor Conde Lucanor -dijo Patronio-, había un hombre que estaba muy enfermo, al cual dijeron los médicos que no podría curarse si no le hacían una abertura en el costado para sacarle el hígado y lavarlo con unas medicinas. Mientras lo estaban operando, el cirujano tenía el hígado en las manos y, de pronto, un hombre que estaba cerca comenzó a pedirle un trozo de aquel hígado para su gato. »Y vos, señor Conde Lucanor, si queréis perjudicaros para conseguir un dinero que después vais a dar a quienes no lo necesitan, podréis hacerlo por vuestro capricho, pero nunca por mi consejo.

Al conde le agradó mucho lo que dijo Patronio, siguió sus consejos y le fue muy bien.

Y como don Juan vio que este cuento era bueno, lo hizo poner en este libro y escribió unos versos que dicen así:

*Si no te piensas bien a quién debes prestar,
sólo muy graves daños te podrán aguardar.*